

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

C. Marsillon

## La raza humana más septentrional del mundo

Al norte de las heladas tierras que habitan los Esquimales, en las mismas costas del Océano Ártico, existe una raza de hombres que con todo y ocupar un inmenso territorio no cuenta más allá de 300 personas. Se puede considerar el golfo de Inglefield como el punto central de sus campamentos, cada uno de estos reuniendo de dos á doce familias. En invierno estos humanos seres se refugian en sus *ingloo*, especie de chozas construidas con bloques de hielo. El verano lo pasan bajo las *tupie* ó tiendas hechas con pieles de foca.

Durante la corta estación estival, la continua ruptura de los hielos que les rodean obliga á estos hombres á permanecer en los campamentos no pudiendo alejarse con sus trineos tirados por perros medio salvajes, único medio de que disponen para emprender largos viajes. Verdad es que poseen *Kayaks*, pero contrariamente á los de los esquimales, los suyos son groseros y mal contruidos; además, estos botes flotan defectuosamente en el mar porque las pieles que los recubren dejan penetrar fácilmente el agua.

De hecho, este pueblo no puede hacer uso de sus pequeños boteillos sino durante dos meses del año, Julio y Agosto, el resto del año el océano permanece

impracticable á sus ligeros esquifes á consecuencia de la enorme acumulación de hielos. Si esta raza demuestra pocas aptitudes para la navegación, en cambio parece maestra en el arte de dirigir los trineos y los perros. De su origen salvaje estos perros han conservado el aullido y el alarido del lobo; no ladran; sus costumbres y sus andares se parecen en un todo á los del lobo europeo.

Generalmente seis perros constituyen todo el tiro habitual de un trineo y pueden arrastrar un peso de 150 á 500 kilos, segun su edad y robustez y el estado más ó menos resistente y escabroso de la nieve y del hielo. Las dimensiones de un trineo varían desde un metro á un metro setenta de largo y su anchura de cuarenta á setenta centímetros. Los patines del vehículo se componen de pequeños trozos de madera y de hueso juntos y sujetos por correhuelas de piel de foca.

Viviendo constantemente aislados del resto del universo y continuamente en lucha con los elementos, estos hombres tienen estrañas costumbres y creencias singulares. Cuando en 1818 los descubrió John Ross, quedaron en extremo sorprendidos al ver que otros seres humanos habitaban el globo terrestre; ni siquiera conocían á los esquimales y se creían solos en la tierra. El intérprete



groenlandés que Ross llevada consigo reconoció que la lengua que hablan estos hombres tiene muchos puntos de semejanza con la suya. De este modo pudo comprender lo que decían y hacerse comprender de ellos. Prodigaron á los extranjeros una acogida cordialísima.

Muchas de sus costumbres se identifican con las de los habitantes de la parte sud de la Groenlandia. De esta comarca se hallan, no obstante, separados por un inmenso territorio que se extiende desde el cabo York á través de la bahía de Melville hasta el sud de Upernavik. La bahía de Baffin los aísla igualmente de los habitantes de las costas norte-americanas. Hace unos pocos años que unos cuantos esquimales de la parte oeste del estrecho de Davis no titubearon, siguiendo la costa y yendo más allá del cabo Sabine, en ir á reunirse con sus hermanos septentrionales.

Según todas las apariencias, este pueblo constituye una de las razas humanas más antiguas de la superficie del globo; habita en una región donde verosimilmente el hombre vivía antiguamente en condiciones normales. En los tiempos más remotamente lejanos los polos tenían sin duda una temperatura menos rigurosa que la que actualmente tienen, lo cual hacía posible en aquellos parajes la existencia de seres animados. A consecuencia de trastornos atmosféricos los seres vivientes emigraron seguramente hacia el sud. Algunos sabios consideran que la raza esquimal representa los restos de estos pueblos prehistóricos pescadores y cazadores.

Sea como fuere que hayan ocurrido las cosas, tenemos que reconocer que los esquimales y, sobre todo, sus hermanos de las regiones polares, han resuelto el problema de la existencia en una comarca que siempre ha parecido inhabitable á las naciones más civilizadas. En efecto, apenas si los representantes de estas últimas pueden vivir uno ó dos años

seguidos en estos parajes y aún á condición de llevar consigo enormes provisiones en combustibles y alimentos. Necesitan, además, cómodos y calientes abrigos de pieles que tienen buen cuidado de no olvidar antes de partir. Sin estas necesarias precauciones, los europeos no podrían soportar el excesivo frío de aquella comarca.

¿Y qué diremos de la existencia de esta raza ártica para la cual los esquimales un meridional? Salvo un poco de pescado, no consume más que carne cruda é ignora aún el uso de la sal. Cuando le falta este alimento se contenta con devorar las pieles de los animales cuya carne se comió. La foca, la morsa y el oso polar constituyen sus principales alimentos nutritivos. Cualquiera creerá que el uso exclusivo que estos hombres hacen de la carne cruda, ha de desarrollar en ellos, á la larga, sentimientos feroces y sanguinarios parecidos á los de los animales carnívoros, como el león, la pantera, el tigre ó el lobo, pero nada de esto ocurre.

Estos seres humanos tienen, al contrario, el carácter más dulce que darse puede y son de lo más sociable del mundo. A despecho de su situación precaria sobre un terreno ingratisimo y rebelde á toda producción, parecen perfectamente contentos con su suerte tan poco envidiable para nosotros. Verdad es que no entienden la vida familiar como nosotros. La mujer casada cree que su esposo es la perla de los maridos si es un cazador hábil, pues su habilidad le da la seguridad de que no carecerá nunca de nada. Por su parte el hombre aprecia su compañera según el grado de habilidad que posee y despliega en la confección de los vestidos, en secar y curtir las pieles. Lo demás no le preocupa.

En este pueblo primitivo la petición de matrimonio, el noviazgo y hasta el mismo matrimonio no exigen grandes formalidades. Desde que un joven piensa que ya está en edad de casarse, preocu-



pándose poco de la belleza ausente de su futura esposa que ni siquiera conoce, va en busca del padre de la familia más cercana de su *ingloo* ó de su *tupie*, y sin preámbulo le pide una de sus hijas, la que á sus ojos posee todas las cualidades requeridas para ser una buena esposa y que acabamos de enumerar. Mientras que el postulante sea un cazador hábil, su petición se halla favorablemente acogida y enseguida, sin otra ceremonia, se lleva á su futura compañera.

Cuando un hombre muere y deja una viuda, la toma con él y se la lleva el primer venido de un campamento en que escaseen las mujeres. Si se presentan á un mismo tiempo dos competidores, atraídos por las cualidades de la viuda fácilmente consolable, una lucha cortés y amistosa, sin arma alguna, ventila la diferencia. El vencedor tiene entonces el derecho de marcharse con la que acaba de conquistar gracias al vigor y elasticidad de su musculatura. El vencido busca en otro campamento la esposa que ha de consolarle de su derrota. Regla general; la mujer cuyo marido no dedica todo su tiempo á la caza ó se muestra poco hábil, se vuelve al seno de su familia, con la cual permanece hasta que se presenta un nuevo adorador.

*Una costumbre verdaderamente conmovedora, á la cual ninguno de estos hombres sueña siquiera á sustraerse, existe entre ellos. No pueden comprender haya quienes sufran hambre mientras reine la abundancia en una familia vecina. Esta última comparte fraternalmente con la necesitada hasta su último pedazo de carne. Todos consideran este acto como lo más natural del mundo. El donativo hecho es un simple deber. Estos sentimientos de elevada humanidad se hallan en todos estos hombres sin escepción; comprenden la caridad mejor que muchos pueblos civilizados y la aplican.*

*Los padres dan pruebas de una afec-*

*ción verdadera para con sus hijos y los hijos de los demás, y los hijos se muestran en extremo respetuosos y reconocidos á los cuidados que sus padres les prodigan. Lo que más llama la atención del extranjero son los juegos en común entre los niños de ambos sexos, en los que no se producen disputas ni riñas. Hasta ignoran este vocabulario de injurias que, por regla general, desempeña tan gran papel en las discusiones de los jóvenes escolares europeos. Estos pequeños salvajes, á pesar de su carencia absoluta de instrucción y de educación, dan, al contrario, constantes pruebas de un carácter juguetón y de un buen humor siempre igual.*

La dulzura del padre y de la madre para su progeñie se hace extensiva hasta los fieles animales que, á pesar de su naturaleza medio salvaje, demuestran una real abnegación á sus dueños. Estos no los brutalizan nunca y comparten con ellos la comida de la familia servida dentro del *ingloo* ó de la *tupie*. Bestias y personas viven y habitan juntas, esperando pacientemente que abonance un poco el tiempo y les permita salir á la caza. Los perros, que tienen un olfato muy desarrollado, demuestran tanto ardor como el hombre por este sport; siguen la pista de la caza y conducen á su dueño y su trineo exactamente á los lugares frecuentados por los animales cuya presa desean.

Estos habitantes de las regiones boreales, cuando están de caza, comen desde que principian á sentir hambre, duermen cuando tienen sueño y allí donde éste les coje. La mayor parte de las veces se acuestan sobre el duro hielo, con una temperatura que no podrían soportar los europeos sin correr el riesgo de morir helados, y no se determinan á construir un *ingloo* provisional sino cuando les sorprende el huracán de nieve tan frecuente en aquellas comarcas árticas. Cuando el huracán se les viene



encima, lo primero que el cazador hace es resguardar el trineo y los perros, después se refugia el último en su morada de hielo, hasta que la tormenta pasa y les permite continuar la cacería.

Tal es la penosa existencia de estos hombres, perdidos en medio de un territorio sin límites y constantemente cubierto con una espesa capa de nieve. La lucha por la vida de estas tribus es una lucha de todos los instantes y no obstante

te sienten un amor profundo por su ingrato país. Podrían emigrar hacia el sud, á regiones más clementes, pero no quieren. Prefieren vivir y morir donde vivieron y murieron sus antepasados, y sus hijos continuarán lo mismo hasta el día en que un espantoso cataclismo haga desaparecer para siempre los últimos sobrevivientes de esta raza que ya está próxima á extinguirse.

Cosmos. Amsterdam.

## El socialismo anarquista

Prolegómenos

Dícese por aquellos adversarios del anarquismo más abiertos á las ideas radicales, que esa doctrina es hasta ahora «un conjunto de hermosos jirones sin trabazón sistemática» y se pide de continuo el plan completo de reorganización social según las ideas del socialismo anarquista. Exígesse, como á las demás ideas políticas, el diseño minucioso del porvenir sin que falte el menor detalle, obedeciendo sin duda al hábito de dictar leyes y fórmulas al mañana y olvidados seguramente de que la sociedad no es un edificio que se construye según la voluntad y la ciencia de un arquitecto único.

Aquellos partidos que afirman la necesidad de un órgano directivo y que aspiran á conquistarlo para realizar su plan particular de organización pública, vienen obligados á formular ante las gentes sus propósitos para el porvenir, porque solicitan de la sociedad delegaciones de poder que teóricamente no se confieren sin el previo conocimiento del uso que trate de hacerse del poder. En principio la sociedad deposita su confianza en aquellos que mejor aciertan á traducir sus deseos. Prescindamos de la realidad, bien contraria á la teoría.

Pero ¿cómo exigir de quien no solicita ni quiere el poder, de quien niega la ne-

cesidad de órgano alguno de dirección social y proclama la capacidad del pueblo para proceder por su cuenta sin ningún género de tutela; cómo exigirle que prescriba á los hombres del día siguiente la forma concreta en que han de traducir su capacidad para convivir libremente?

Tal pretensión arguye desconocimiento de la doctrina. La idea anarquista es negación terminante de toda sistematización dogmática. Presupone la libertad sin reglas, la espontaneidad sin trabas. No es simple negación política, sino filosofía completa que explica los hechos y sus causas, que estudia los fenómenos y las ideas sin salirse de la relatividad de todas las cosas, que resume, en fin, la experiencia y la ciencia — en realidad son una misma — en un conjunto armónico de adquisición ideal y práctica, al propio tiempo. Su método de investigación positiva es la antítesis del doctrinarismo religioso, político y filosófico.

Niégrese filosofía al anarquismo porque su método no se funda en prejuicios ni admite nada *á priori*; porque aun del positivismo científico no retiene sino lo que la demostración ha establecido incontestablemente y rechaza todo lo que contiene de sistematización doctrinal, no

Ricardo Mella



queriendo hacerse solidario de inducciones que el tiempo y la experiencia pueden destruir. Pero ¿carece en realidad de método filosófico que es todo lo que la ciencia puede exigir?

Todos los sistemas y escuelas doctrinarias descansan ó en un principio establecido *á priori*—metafísica—al que sujetan todas las deducciones y con el que construyen el edificio de su ciencia arbitraria, ó bien derivan de la experiencia, *á posteriori*—método filosófico propiamente dicho—un principio general con el que se construye la armazón sistemática de determinadas doctrinas y á cuyo ritmo se sujeta la investigación, dando de bruces en el dogmatismo. En los dos casos se pone diques á la dirección del pensamiento, encarrilando hacia fines predeterminados en el supuesto de que estos fines contienen necesariamente la verdad que se busca. La propia ciencia cuando no halla explicación á los fenómenos ó se muestra fácil á las generalizaciones por el procedimiento arbitrario de las analogías, ensaya *á priori* teorías que se truecan prontamente en dogma y el dogma en error que obra en el tiempo como elemento negativo de acción y paraliza ó dificulta la explicación verdadera de los hechos.

Y ha sido y es tan fuerte la educación filosófico-dogmática de los hombres, que estos propenden siempre á la unificación caprichosa de los hechos y de las ideas; y así no hay rama de los humanos conocimientos que no contenga multitud de divisiones y subdivisiones, de sistemas, de escuelas y de doctrinas contradictorias. Las ciencias naturales no se han purgado todavía de esta tendencia, totalmente, pues que explican muchos fenómenos de muy distinto modo, no ya en épocas diferentes, sino en un mismo tiempo. No es necesario citar autores y teorías. Una mediana cultura da pleno conocimiento de las divisiones doctrinales, filosóficas y científicas.

El socialismo anarquista sigue, como ya hemos dicho, su propio método, opuesto á todo dogmatismo, y no establece *á priori* principio alguno; no generaliza los comprobados *á posteriori* sino hasta donde lo permite la ciencia adquirida y no se presta á la sistematización cerrada de los conocimientos, negándose á toda aventura filosófica porque entiende que la ciencia es un cuerpo de conocimientos en continua formación cuyo ciclo no se cerrará jamás.

Por eso, en la contienda de espiritualistas y materialistas, por ejemplo, rechaza juntamente ambos dogmas. Hay en la investigación de los fenómenos un punto donde toda doctrina flaquea: es aquel punto en que los linderos de lo absoluto se presentan cortando el paso á nuestra limitada inteligencia. Cuando el materialismo, saliéndose de la ciencia, intenta franquearlos, toca á lo arbitrario y en este momento preciso es cuando la filosofía anarquista se diferencia fuertemente de la dogmática. Quédase con el inmenso arsenal de los conocimientos científicos que forman el bagaje del materialismo y se aleja de cualquier intento de explicación metafísica que trate de cortar el nudo más bien que deshacerlo. No se satisface con los fáciles decretos de la pseudo-ciencia.

Del mismo modo no se suma el anarquismo á ninguna otra escuela ni deja que se le encasille en el sensualismo, en el positivismo, en el idealismo, etcétera, en cuanto significan doctrina cerrada, método de exclusión. No desconoce el importante papel que en la vida representan los sentidos ni olvida que la idea, á su vez es esencial al desenvolvimiento del individuo y de la humanidad; reconoce que todos los fenómenos se verifican siguiendo direcciones precisas y en condiciones determinadas; que la naturaleza no pertenece al capricho ni á lo arbitrario; afirma como objeto de la vida el placer y la comodidad para el cuerpo



y para la sensibilidad y para la inteligencia; posee por la ciencia la certeza de que el Universo, desde el más microscópico de los seres hasta las inmensas moles que innúmeras recorren el espacio, es una cadena estrechamente tramada de causas y efectos en perpétua y múltiple conexión, pero aborrece el exclusivismo enfático peculiar al dogmatismo de estas escuelas y no quiere con ellas resolver de plano, bajo un punto de vista particular, el problema de un más allá tanto más lejano para el hombre cuanto más se le aproxima en sus adelantos y en sus conquistas. Por esto no entran en su filosofía las fáciles generalizaciones de tales escuelas; no entra la sistematización de elementos del conocimiento cuya trabazón es puro artificio cerebral; no entra la caprichosa unificación del Universo en un solo fin y en un solo propósito, porque en este punto otra vez la metafísica trata de salvar los abismos que separan lo conocible de lo inconoscible, lo puramente relativo de lo absoluto. Para la filosofía anarquista no hay una verdad inmutable, una justicia inmutable, una ciencia absoluta, sino verdades que varían en el tiempo y en el espacio, concepciones relativas de la justicia y parciales realizaciones de la ciencia. Si tal verdad ó justicia ó ciencia absoluta existieran, careciendo los hombres de medios para descubrirlas y verificarlas, su existencia sería nula y de ningún efecto para la humanidad. Que el hombre se forje estas concepciones absolutas, que conciba, sin determinarla ni definirla, la idealidad de lo perfecto, no autoriza la afirmación de su existencia como hecho real tras el que debemos correr inútilmente sin tregua ni descanso.

El positivismo moderno es buen ejemplo de cómo se cae fácilmente en el dogmatismo, aun cuando se trate de sistematizaciones científicas. Hase verificado que el desenvolvimiento biológico sigue

ciertos particulares modos de evolución. Y apenas verificada esta conquista de la ciencia se ha intentado á porfía generalizar la evolución, lanzándose algunos á construir por analogía la evolución de la sociedad, la evolución de las instituciones, la evolución de las costumbres, conforme á puntos de vista particulares y sin cuidarse de otra cosa que de acomodar los hechos á las teorías en lugar de acomodar éstas á aquellos. A la hora presente la teoría evolucionista es el dogma filosófico y científico que se impone en los dominios del saber, de tal modo que, por una reversión muy explicable en los dominios de la metafísica, ha venido el positivismo á reconstruir, bajo nuevas formas, la antigua teología y estamos en riesgo evidente de una moderna escolástica. Las viejas cuestiones de lo relativo y lo absoluto, de Dios y el mundo, de la materia y el espíritu, del libre arbitrio, etc., renaciendo con nuevos bríos han permitido que la fatuidad reaccionaria haya cantado la bancarrota de la ciencia.

Por la educación recibida, el pensamiento no se satisface sino con ideas definitivas, con estados definitivos, tránsito de sistemas cerrados que la humanidad no suministra y son simple producto de la abstracción mental, fácil al dogma de los saltos mentales. Y no se satisface el pensamiento porque no habiendo sido educado para confesar su impotencia no obstante su ilimitación imaginativa, salva arrogante los más formidables obstáculos á trueque de decretar ufano la consumación de todas las cosas en la concepción única, inmutable y eterna de su fantasía privilegiada.

Mas ¿son científicamente racionales las ideas y los estados definitivos? ¿No es contradictorio con el estado de perpétuo movimiento de la energía universal ese otro pretendido estado definitivo de las ideas, ese prurito de las sistema-



tizaciones en que arbitrariamente se encierra toda la vida y todas las manifestaciones de la vida?

El anarquismo se da buena cuenta de esa contradicción y por ello no sistematiza, no tiene dogma y carece ciertamente de metafísica, no de filosofía. Su filosofía arranca de este principio por doquier demostrado: la ciencia es un cuerpo de conocimientos en perpétua formación. Nada hay en ella definitivo, de un modo absoluto; nada que á manera de enciclopedia comprenda el Universo entero y sus fenómenos. Es «un conjunto de hermosos jirones» agrupados parcialmente según relaciones bien establecidas, pero «sin trabazón sistemática» que abarque todo el conjunto de los hechos y las ideas. Y esta filosofía tan pertinazmente negada al anarquismo, que no es una idea definitiva, sino la iniciación definitiva del libre desenvolvimiento de las ideas y de las cosas, esta filosofía es lo único positivo que puede entresacarse de la inmensa labor científica de los hombres. De todos sus libros, de todas sus contiendas, de todos sus sistemas, de todos sus particularismos de escuela, de todas sus diferencias doctrinales, brota con singular persistencia la característica común atribuida por nosotros á todas las investigaciones:

la relatividad de los conocimientos que en hermosos jirones prueban lo absurdo de cualquier sistematización definitiva.

El anarquismo, que recoge esta resultante común, y labora por ensanchar el campo de los conocimientos, se coloca en el firme terreno del método puramente científico. La experiencia ha probado que cuando se traspasan los linderos de esta resultante común, se cae necesariamente en la metafísica de lo absoluto y entonces la investigación marcha sin rumbo por los libres espacios de la imaginación.

Confesamos preferentemente nuestra impotencia intelectual para traspasar aquellos límites y no decretaremos neciamente que las cosas sucederán con arreglo á nuestra fantasía, vagando por los laberintos de lo desconocido.

No ofrecemos esquemas del porvenir porque no propagamos ideas predeterminadas. Nuestros ideales son la resultante experimental de cada momento, en vista de los hechos pasados y presentes que afirman la eliminación del mal conocido para el porvenir.

¿Cierra esta filosofía el paso al desenvolvimiento de nuestras facultades y se niega á la afirmación de mejores métodos de convivencia humana?

(Continuará)

**Juan Grave**

## Causas y efectos

Cada vez que con los políticos discutimos la excelencia del voto, de la conquista de los poderes públicos y otras farándulas por el estilo, se apresuran á servirnos el siguiente argumento: «De todos modos, con un gobierno liberal tenéis mayor facilidad para propagar vuestro ideal, mientras que un gobierno retrógrado puede condenaros en silencio.»

No hace mucho tiempo que el *Pueblo* de Bruselas me lo sirvió en esta forma:

«La forma de gobierno no es indiferente, pues que en Francia, con un gobierno republicano, vosotros podéis propagar vuestras ideas anarquistas, publicar vuestros periódicos, mientras que si tuviéreis, como en Rusia, un gobierno autócrata, pronto iríais á parar á Siberia á meditar sobre la necesidad de tener algunas libertades políticas.»

Y el argumento no deja de causar su efecto, pues que, en apariencia, es irre-



futable. Unicamente con un gobierno liberal se poseen algunas libertades.

Cuando me sirvieron este argumento por vez primera, poseía yo demasiadas pruebas de que la forma de gobierno es indiferente en la evolución de las ideas para que mi convicción se quebrantara, pero de todos modos bastante apurado me hallé para contestar.

Hubiera podido replicar, ciertamente, que ningún gobierno pudo jamás impedir á los individuos pensar y aún emitir sus críticas—brutalmente, ó con la máscara de la alegoría y del apólogo;—que todo el autocratismo del tzar no impide de ningún modo que se propaguen en Rusia las ideas de rebeldía, como se propagan en otras partes, y que si algunos han tenido que recurrir á la clandestinidad, Tolstoi y Gorki, en cambio, gozan más ó menos de una cierta tolerancia legal. Que los que militan de este modo arriesguen más que en Francia, no cabe duda, pero esto no detiene de ningún modo la evolución. Acaso un poco de reprensión en nuestro país la favorecería, aireándola.

Pero el argumento vale lo que vale y no faltan objeciones que oponer. Se comprende muy bien que haya individuos deseosos de poder escribir lo que piensan sin tener que correr el riesgo de la deportación. Pero no está aquí toda la réplica.



De hecho, ciertos gobiernos pueden valer más que otros; pero esto depende, sobre todo, del valor moral de los que forman parte de ellos y es perfectamente independiente de la etiqueta política que se cuelguen á la espalda.

Monarquías vemos que son mucho más liberales que algunas repúblicas; conservadores hay que son más honrados que algunos socialistas que se dicen revolucionarios feroces... esto no tiene nada de particular, dado el modo como

se recluta el personal gubernamental. En Francia los radicales y los socialistas han votado las peores leyes reaccionarias, mientras algunos conservadores no han titubeado en combatirlas estigmatizándolas con el nombre de «malvadas» que justamente merecían. La forma política de gobierno no tiene, pues, nada que ver con el modo como se ejerce.

El argumento de los partidarios de la participación en el poder se halla, por consiguiente, un poco debilitado y cuando más de cerca se miran las cosas más pulverizado queda, pues se descubre entonces que la apariencia de lógica que contiene no tiene más valor que el de tomar el efecto por la causa.

La mayor ó menor cantidad de libertades poseídas no depende del gobierno que las regatea continuamente; al contrario; del gobierno únicamente se obtiene aquello que ha sido posible por el ejercicio de las libertades de que los pueblos se han sabido hacerse dueños.



Precisamente porque en tiempos de la realeza absoluta hubo gentes que no supieron contentarse con las libertades otorgadas, no preocupándose de las leyes existentes sino para violarlas, el poder absoluto se encontró un día en conflicto con un nuevo estado de espíritu, abatido sin poder recobrar su antiguo poder. Y precisamente porque antes hubo quienes arriesgaron su libertad y su vida por proclamar en alta voz lo que el vulgo pensaba bajito, podemos hoy emitir las ideas más atrevidas sin correr tanto riesgo.



Si Rusia es aún autocrática, se debe á que su evolución comenzó más tarde y ahora se encuentra en el estado en que nosotros nos hallábamos hace un siglo. Es necesario que el pueblo ruso conquiste las libertades, cuya necesidad siente, y



que ningún gobierno le dará, mientras no sepa arrancárselas.

Y para arrancárselas es preciso que haya innovadores que no teman nada y con su actitud demuestren que solamente se obtiene aquello que uno mismo sabe tomarse.

Y cuando un día los Rusos puedan decir ó escribir lo que piensen sin correr el riesgo de ir á Siberia, será porque habrán luchado y se habrán sacrificado para obtener esta libertad. No hay duda que entonces tendrán un gobierno más

liberal, pero esta mayor libertad no se deberá al gobierno.

Y cuando los que vengan detrás de nosotros puedan un día evolucionar libremente, con la menor cantidad posible de gobierno, no será porque tengan menor cantidad de gobierno que gocen de mayor libertad, sino porque los que los hayamos precedido no nos habremos ocupado del gobierno sino para combatirlo. Y entonces ellos prepararán la venida de los que podrán vivir sin gobierno alguno.

*Temps Nouveaux, París.*

**Novicow**

## Impotencia del Estado

La impotencia del Estado es *absoluta* en muchísimos casos. Tomemos un ejemplo. En la gran federación americana un hombre no puede ocuparse de los asuntos públicos sin ver su nombre arrasado por el fango de la calle por los periódicos, sin que su reputación y la de su familia sufran los más repugnantes ultrajes. ¿Qué puede hacer el Estado? ¿Establecer la previa censura? Todos los pueblos de Europa han tenido este régimen y algunos lo tienen aún. ¿Y qué ha dado? Un mal superior al bien que se deseaba obtener. Por de pronto, la censura causa una paralización del desarrollo intelectual, y éste es el peligro mayor que puede correr una sociedad, peligro mil veces superior que el mal causado á los individuos por las injurias de la prensa. Además, la censura desarrolla las pasiones más bajas: la hipocresía, la mentira, la delación; desmoraliza en lugar de regenerar.

Para combatir los excesos de la prensa no hay más que un remedio: la *vis medicatrix nature* inherente á todo organismo. Cuando los lectores se asqueen de ciertas expresiones de su periódico cesarán de comprarlo, y entonces el pe-

riódico desaparecerá ó modificará su estilo. Es el único medio. Los gobiernos son impotentes, no pueden decretar la virtud.

La intervención del Estado en todas las ramas de la actividad, causa siempre más mal que bien. Basta que tomemos el ejemplo de lo que pasa en la instrucción pública.

Los socialistas quieren hacer de la religión un asunto de orden privado. Si hay alguna cosa que merezca ser asunto de orden privado es la instrucción. Esta se desarrollaría diez veces, cien veces más rápidamente, si el Estado cesara de contrariarla con su burocracia y su expedienteo.

Estamos, sin embargo, roídos hasta los huesos por las rutinas medioevales. Nos parece que si el Estado nos abandona estamos perdidos, que todas las calamidades van á caernos encima, que es inevitable el fin del mundo.

En una obra de reciente publicación, *La Sociedad moderna y la cuestión social*, de Borin Fournet, hallamos un párrafo que caracteriza muy bien este estado de espíritu. Dice su autor: «Entre los particulares los hay buenos y los hay



malos. Si los unos se esfuerzan para moralizar los espíritus, otros tienden con no menos ardor á desmoralizarlos,» por consiguiente, concluye este escritor, el Estado debe ejercer una vigilancia muy estrecha sobre la instrucción pública. Nos permitiremos hacer una pregunta á Borin Fournet. ¿Enviaría su hija á una escuela donde le enseñaran que la galantería es la ocupación más honrada de las mujeres? ¿Por qué se imagina que un funcionario rutinario é ignorante, que no tiene más preocupación que la de salir temprano de la oficina, va á tener mayor cuidado de la moralidad de los niños que los padres de éstos? Por lo demás, ya vemos desde hace tiempo los bellos frutos de la moralización del Estado. ¿Se puede imaginar agencias de depravación más perfectas que nuestros internados modernos? Nuestras razas europeas á la fuerza deben tener un fondo de moral verdaderamente inextinguible para no estar ya gangrenadas hasta la médula por las escuelas del Estado. Tocante á la ineficacia de estas escuelas desde el punto de vista de la instrucción, es bien patente. Nuestros diplomas de exámenes, salvo raras excepciones, son casi siempre *diplomas de ignorancia*.

Borin Fournet no cree que la enseñanza libre «pueda bastar á la misión aplastante que le incumbiría.» ¿Acaso el aprovisionamiento de una ciudad como Londres no es también una «misión aplastante?» Que se encargue de ella el Estado por un sólo día y veremos cuantos millones gastará en funcionarios y papel sellado. La iniciativa privada efectúa esta labor colosal á satisfacción de todos y con el mínimum de gasto posible. Pero lo repito, nos ciega completamente la rutina estatista, nos impide ver cosas tan evidentes como la luz del sol.

Considerad los progresos realizados recientemente por la navegación á vapor. En 1846, se hacían 8 millas en hora y media; en 1856, 13; en 1879, 15; en

1893, 22; dentro de poco se harán 30 millas y esto siempre con una menor cantidad de carbón. «Pero—dice D. Bellet en el *Journal des Economistes*, página 385, año 1893—sería desconocer el espíritu de competencia que anima á las diferentes compañías si se creyera que íbamos á detenernos aquí.» Cada nuevo vapor realiza numerosos progresos sobre los antiguos. Comparad este magnífico esfuerzo del espíritu humano con nuestros métodos de instrucción rutinarios, infantiles, tontos. No tan sólo no se perfeccionan, sino que retrogradan. Sin hablar de los griegos, que los poseían mejores, en Italia, durante el siglo xv, un Vittorino da Feltre era superior á todos nuestros pedagogos modernos.

El Estado no desempeña mejor sus otras funciones. A menudo se nos cita el correo como un servicio público bien organizado. Es un error de los más grandes; es detestable y cuesta horriblemente caro. Casi en todos los países los empleados de correos son groseros y poco escrupulosos. El transporte de una carta de un extremo al otro de Inglaterra cuesta una treintiseiseava parte de un penny,—el penny unos diez céntimos.—Frederik Millar, en su obra *A plea for Liberty*, dice que «haciéndose pagar dos céntimos y medio el porte de una carta, una compañía particular realizaría aún bellísimos beneficios.» Y el Estado se hace pagar cuatro veces más caro.

¿Hablaemos de los trabajos públicos? ¿Cuántos millones no se habrán gastado para cavar canales sin tráfico, puertos donde no ancla un solo buque, ferrocarriles incapaces de cubrir los gastos?

En los países constitucionales muchos de los trabajos públicos se han emprendido para cubrir atenciones electorales. En todos lo han sido para procurar beneficios á los ingenieros del Estado. La iniciativa privada se apoderaría de todos los trabajos públicos que podrían repor-



tar beneficios. Hasta las carreteras podrían incluirse en esta categoría. Hace algunos años que una compañía francesa construyó una carretera que va de Beyruth á Damas.

Esta compañía está haciendo un buen negocio cobrando simplemente una pequeña cantidad á los transeúntes. Y lo que es posible en la Siria con mayor motivo podría hacerse en los países europeos; pero si los particulares se apoderaran de los trabajos públicos los funcionarios del Estado perderían todos sus beneficios y por esto no se hace; por esto procuran por todos los medios poner trabas á la iniciativa privada. En Rusia se creó últimamente una comisión para

estudiar los medios propios para desarrollar la marina mercante rusa. Esta comisión se ocupó asimismo del mejoramiento de los puertos, y decidió: «que todas las iniciativas privadas deben descartarse.» En Rusia son á millares los individuos que no han podido obtener autorización para construir ferrocarriles y puertos, aún ofreciendo prescindir de la ayuda y garantía del gobierno.

En materia de trabajos públicos los señores funcionarios causan tres quebrantos: 1.º emprenden trabajos inútiles; 2.º aumentan desmesuradamente el coste de los trabajos útiles, y 3.º hacen imposibles una multitud de empresas lucrativas.

*Les Gaspillages des Sociétés modernes, Félix Alcan, editor, París.*

**E. de Roberty**

## Los selectos y el vulgo

(Continuación)

Según nuestro modo de ver, la génesis ó los orígenes del progreso son bien diferentes. La aparición de ciertos hombres más felizmente dotados que el resto de sus semejantes, es un fenómeno *bio-social* debido á la unión de las causas múltiples y complejas, biológicas unas, otras sociológicas, pero que tomadas en su conjunto no se identifican con las causas, igualmente múltiples y complejas, de esto que se llama progreso. Hay aquí dos series de hechos entre los cuales no se percibe ninguna relación casual directa é inmediata. Añadiré para mayor claridad, que hay que ir á buscar las causas íntimas de estos hechos en dos dominios distintos del conocimiento, en el saber abstracto para los unos, en el saber concreto para los otros. Estos fenómenos de origen diverso son, sin duda, algo concomitantes, á menudo se acompañan unos á otros, sirviéndose mutuamente de signos y de síntomas. Pero

esta concomitancia es tan poco esencial, tan poco necesaria, que no se podría afirmar, por ejemplo, sin caer en un grotesco ilogismo, que la fuerza ó la intensidad de uno de estos fenómenos crece ó decrece en razón directa de la fuerza ó de la intensidad del otro. La grandeza del individuo, el carácter excepcional de la *élite*—¿tendré necesidad de decirlo?—son cosas completamente relativas. Un hombre no es grande sino porque sus vecinos son pequeños (y á veces solamente, como suele decirse, porque están arrodillados), y una *élite* no existe sino por contraste con la vulgaridad circundante. Espero que no se me objetará que se trata más bien del número relativo ó proporcional de los hombres raros, que de las cualidades á las cuales deben su rareza, es decir, relativamente ó proporcionalmente poco numerosos, pues yo hallo poquísimos placer en arrinconar á mis contradictores.



En suma, la teoría «heróica» ó «aristocrática», aún bajo la forma más perfecta que ha salido de manos del autor de las *Leyes de la Imitación*, Tarde, ó de las del autor de la *Ciudad Moderna*, Izoulet, me parece que contiene, al lado de algunas ideas justas pero que necesitan esclarecerse, una multitud de ideas inexactas y de datos contrarios á la experiencia. Esta concepción va visiblemente ligada á prejuicios que datan de lejos y á los cuales no pudo sustraerse por completo Comte, el gran inspirador de nuestros modernos sociólogos, inspirado él mismo por los enciclopedistas. Bajo muchos aspectos esta teoría es una sobrevivencia del pasado (1).

Por lo demás, ¿por qué no buscar la causa del progreso en el progreso mismo, por de pronto en el progreso de nuestros conocimientos y luego en el progreso, que le está subordinado, de los otros tres términos de la serie psicosocial: la filosofía, el arte y el trabajo ó industria? Venir objetando que todas estas cosas son una obra estrictamente individual ó personal, es cometer por segunda vez la inconsciente petición de principio que anteriormente hemos hecho observar, pues nada hay tan poco probado ni más dudoso como esta vanidosa afirmación. ¿Acaso el «yo» no es el producto de los «otros», y toda la fuerza de estos «otros» no pasó en los grandes hechos sociales que acabo de enumerar, hechos que finalmente, nos descorren el velo de esta forma sublime de la universal energía? ¿Por qué el individuo—bien entendido, el individuo social y no la unidad biológica—no ha de ser el producto de la ciencia, de la filosofía, del arte de su época (ó de la época inmediatamente

anterior) y de sus diversas aplicaciones?

De este modo el progreso volvería á la evolución del psiquismo impersonal teniendo por *substratum* el grupo colectivo total y no una cualquiera de sus partes (minoría ó mayoría). Los individuos muy eminentes ó vagamente ordinarios ¿no son acaso los productos del grupo entero? Admítase esto ya con facilidad para una de las dos *élites* que funcionan regularmente en toda sociedad, por poco desarrollada que esté, como los dos polos contrarios de una sola y misma cadena: para la *élite* de la ignorancia y del crimen. Con justicia se hace recaer sobre la sociedad entera la responsabilidad de las lagunas ó de las «enfermedades intelectuales y morales de los ignorantes, de los locos, de los malvados.» ¿Por qué se titubea en tratar por el mismo método la capa social superior, la *élite* del saber y de la virtud? ¿Por qué se teme atribuir á la sociedad tomada en conjunto el mérito de las «aptitudes eminentes, de los dones excepcionales» de sus nobles hijos, de sus grandes altruistas, de sus hombres de genio? ¿Acaso la ignorancia y el vicio (ó la debilidad) serían por casualidad cosas eminentemente sociales, y el saber y la virtud (ó la fuerza) cosas profundamente antisociales?

«La cuestión del papel que desempeñan los grandes hombres, dice Tarde, está muy mal planteada. Se pregunta si es por *causas generales* ó por *causas individuales* que se producen los hechos sociales. ¿Pero qué son las mismas causas generales sino grupos ó aglomeraciones de causas individuales? ¿Que es «el espíritu de una época» ó el «genio de un pueblo» sino el conjunto de las ideas ó de las tendencias inherentes á cada uno de los individuos que viven en esta época, que componen este pueblo? Deben oponerse, por lo tanto, no las causas generales á las causas individuales, sino

(1) Interpretada de un modo literal, la teoría de la *élite* puede conducirnos en la práctica á abusos parecidos á los que señalaron la aplicación estrecha, en la política, de los principios del darwinismo. En efecto, el saber y el poderío de la *élite* no descansan, en definitiva, sobre la ignorancia y la debilidad de la gran masa?



las causas individuales aisladas, *ut singulae*, á las causas individuales agrupadas obrando en masa. Los partidarios de las causas generales no se aperciben de que eluden la cuestión mayor y previa de saber como se ha formado, como se ha producido esta similitud de tantos individuos diversos, bajo tantos aspectos particulares de ideas y de necesidades, en tal siglo ó en tal nación, con preferencia á otros tiempos y sitios. Mi respuesta á esta cuestión muestra la parte preponderante y necesaria que pertenece á los *inventores*, á los *iniciadores*, á los *innovadores*,—los cuales á decir verdad, no son siempre grandes hombres, pero lo son muy á menudo—en la producción de estas similitudes precisas, características, verdaderamente sociales, debidas á la imitación... Los grandes hombres serían siempre algo, hasta serían todo lo que son individualmente aun cuando no tuvieran el apoyo y el eco de la sociedad, y aun que se vieran, en este caso, reducidos á la impotencia para obrar» (1).

Dejemos que Tarde diga que las causas generales son grupos ó aglomeraciones de causas individuales. No se trata en esta controversia de la definición de lo general y de lo particular, ni de poner en duda la identidad esencial de la causa y del efecto. Trátase de determinar el orden de *sucesión* de lo idéntico. Desde luego, lo único que está en litigio es la cuestión de génesis. ¿Es el individuo quien produce la sociedad ó la sociedad la que produce el individuo?

Oponer las causas individuales, *ut singulae*, á las causas individuales agrupadas en masa, acaso vale más que oponer los *singulae* á los *singulae*. ¿Pero impide esto oponer, además, el psiquismo colectivo tal cual á este mismo psiquismo complicado por, ó fusionado con el psiquismo vital? Será la oposición

muy legítima de lo abstracto á lo concreto. Y confundir estos dos aspectos últimos de la realidad constituye, ya lo he dicho otras veces, una falta metodológica de las más graves.

En fin, la «cuestión mayor y previa», la de saber como se ha formado el grupo social, como se ha producido en tal siglo y en tal nación la similitud de tantos individuos diversos, recibe por parte de Tarde una respuesta que no me satisface de ningún modo. Los iniciadores, los innovadores, los inventores, tanto ellos como sus complementos sociales los enfermos intelectuales y morales, permanecen siendo á mis ojos el producto del grupo social, su efecto (como tal son sin duda idénticos á su causa, pero la suceden, la siguen; no la preceden). No son la fuente ó el origen de esta agrupación. ¿Cual es, pues, este origen? Para mí, es el *contacto* social, los millares y más millares de acciones y de reacciones psíquicas que resultan de este contacto, contacto *universal* en que los elementos medios, los cerebros ordinarios tienen, visto su gran número, una parte acaso mayor que los elementos extremos, los cerebros de la *élite* superior ó inferior. Pretender lo contrario es sub-evaluar el papel infinitamente grande, en toda la naturaleza, que desempeña lo infinitamente pequeño. Es suponer que porque el Oceano está compuesto de agua, los grandes ríos tienen una parte preponderante en su formación. Es caer en el error del químico que atribuyera un papel excesivo á los gases detonantes, á las combinaciones raras y preciosas y descuidara el ázoe, el carbono y el oxígeno vulgares; ó del físico que en el estudio de la electricidad concediera una mayor importancia al rayo. La «similitud de tantos individuos diversos» tal vez es el efecto del contagio por el ejemplo, de la imitación (¿no será, no obstante, su causa, algunas veces?); pero la imitación ¿no es una expresión inmedia-

(1) *La oposición universal*, pág. 328-329.



ta de los fenómenos múltiples que se producen al contacto de los cerebros, de los individuos biológicos? ¿Cómo creer que los grandes hombres serían lo mismo lo que son, sin el apoyo y el eco de la sociedad? El sólo hecho de que estarían reducidos á la impotencia para obrar, admitido lealmente por Tarde, los reduce ya á una pequeñez no sospechada, los convierte en cerebros por debajo de lo ordinario. La sociedad produce las grandes inteligencias al lado de las medias y de las pequeñas, del mismo modo que el árbol produce frutos excepcionalmente bellos al lado de ejemplares menos notables ó completamente inferiores. ¿Diremos que los frutos bellos han producido el árbol y la similitud maravillosa de todas sus partes, de las fibras, de la corteza, de las hojas, etc.?

Por lo demás, la eficacia eminente de los grandes hombres está fuera de juicio en este debate. El papel que desempeñan en el organismo, esto que hoy se llama sus «elementos», es ciertamente muy considerable: la salud y la enfermedad del entero organismo dependen de su estado. Pero su estado no depende de ellos mismos. Es el producto de los procesos de asimilación y desasimilación, ó de la vida y no su causa. Suponer lo contrario sería cometer un error, que, como todos los errores, se cometió; error que fué un progreso sobre errores más grandes que atribuía este papel generador á las células, á los tejidos y hasta á los órganos.

Reconozcamos que los grandes hombres son nuestros jefes naturales, esforcémonos para seguirles é imitarles; de este modo permaneceremos en los límites de la verdad práctica; pero con esto no conquistaremos la menor parcela de verdad teórica. No se hace biología con la higiene, no son los ejercicios ni los cuidados del cuerpo los que aportan

el descubrimiento de las verdades enseñadas por esta ciencia. Del mismo modo una más elevada moralidad y la mejor de las políticas no harán avanzar un sólo paso la sociología. Al contrario, los progresos de esta última mejorarán la moralidad y la política, del mismo modo que los progresos de la biología han mejorado la higiene.

Menos afirmativo soy respecto á la tesis que hace depender la importancia del papel correspondiente á la *élite* de las conquistas científicas ya realizadas. Me inclino á creer que una civilización floreciente no disminuye el número ni rebaja la calidad de las excepciones geniales. Me parece que una elevada cultura es, por el contrario, más apta para multiplicar estas excepciones sin perjuicio de sus cualidades íntimas, pero, sin embargo, en detrimento de su brillo exterior, pues que lo menos raro es siempre, asimismo, lo menos brillante. La opinión de Stuart Mill de que la parte de la acción personal en la dirección del movimiento social se aminora á medida que la civilización progresa, descansa tal vez sobre apariencias falaces.

Se trata de un gran *processus* natural sometido á leyes que difícilmente variarán de época á época. ¿Por qué no ha de continuar siendo sensiblemente semejante el papel del individuo en la dirección del progreso, tanto en las civilizaciones que comienzan como en las avanzadas? Hacer «desviar la corriente de la impulsión colectiva de las ideas y de los desig-nios» me parece una empresa superior á las fuerzas, no tan sólo del individuo aislado sino aún del grupo total, de la misma colectividad. No es una paradoja, pues en cada civilización la colectividad contemporánea es seguramente poca cosa en comparación de las colectividades pasadas.

(Continuará)





## Letras de todas partes

Al comenzar hoy esta sección deseamos que conste: Primero, que el que estas líneas escribe es anarquista;

Segundo, que ni los que editan esta Revista ni el encargado de esta sección quieren ni querrán hacer de ambas un pregón de bombos gratuitos ó pagados, trátase de amigos ó de enemigos.

Descuidados por completo de los hombres, de los autores de obras, sean quienes fueren, de las obras hablamos y hablaremos con entera independencia.

A los que se duelen ó puedan dolerse de nuestras apreciaciones, básteles saber que nos inspira el único deseo honrado de decir pura y simplemente nuestro pensamiento sobre lo que leemos. Y si ello no les satisficere, ladren á la luna cuanto quieran, que la vanidad y el enojo y el orgullo no conducirá jamás al pináculo de la gloria con que sueñan los tontos de capirote sin pizca de sínérisis filosófica y sin un átomo de amor y de justicia por la causa de la humanidad irredenta.

A los que quieren matar el espíritu de crítica en el seno del anarquismo y juzgan que nadie debe decir nada de nada ni de nadie, recordaremos que el análisis y la crítica son la esencia del anarquismo y que sin erigirse en jueces ni mentores, los anarquistas, mejor los hombres de una sola pieza, como suele decirse, pueden y deben proclamar cuanto piensan y cuanto sienten sin reparar en consideraciones que conducen tan sólo á acomodamientos indignos. Entendemos que aun tratándose de hombres, no sólo de obras literarias, filosóficas ó lo que sean, el primer mandato de la conciencia es declarar sin ambages el propio completo pensamiento, así sea el mal juicio formado no sólo del adversario si que también del amigo. Esto es lo noble, lo honrado, lo anarquista. Lo contrario, las dos medidas, no cabe, á estas alturas, más que en la mollera de un guarda cantón con piernas. No estamos por anularnos mentalmente ni por sofocar nuestros sentimientos á nombre de un falso sacrificio en pro de bellas abstracciones, de sonoros nombres ó de efectivas realidades.

Y, en fin, se abusa, hase abusado tanto del aplauso; se ha impuesto de tal modo la necia manía de declarar hermoso, magnífico, sin tacha, cuanto sale de manos obreras ó anarquistas, que es verdadera obra de higiene revolucionaria consagrarse á demoler vanidades, abatir soberbias y limpiar el campo de necios infatuados.

Esto vá dicho para los amigos. ¿Qué no diremos á los adversarios?

Un rasero, un único rasero para todas las obras, sin mirar de donde vienen ni de quien vienen: tal es nuestra norma. ¿Place así? Tanto mejor. ¿No? Pues ¡qué le hemos de hacer!

Pero conste que cualesquiera que sean nuestras palabras, espresan opiniones sinceramente sentidas, opiniones que pueden ser erróneas, que lo serán muchas ó pocas veces, mas que por ser nuestras tenemos el derecho de exponerlas y así lo hacemos porque queremos y podemos. Vale tanto nuestro derecho como el ageno: que nadie se lastime ni vea detrás de estas secas palabras más que la manifestación de una individualidad que no se somete á convencionalismos de ninguna especie.

La brevedad á que nos vemos reducidos por razón

de espacio, nos obliga bastantes veces á no razonar largamente aquello que decimos de las obras que leemos. Ni todas lo merecen ni bastarían las páginas de esta Revista á tal propósito. Es lo único que se nos podría reprochar y ello queda explicado por sí mismo. Que lo mediten los amigos que sobre el particular nos han hecho advertencias.

Sirva de una vez para siempre esta aclaración.

Tenemos á la vista varios folletos de propaganda anarquista, todos ellos muy recomendables.

La definición etimológica de la Anarquía por A. Girard, del *Diccionario La Châtre*, es clara, precisa y bastante completa. Más bien que definición, es una nota filosófica suficientemente documentada para un diccionario.

*Las Bases del Sindicalismo*, por Emilio Pouget demuestra como en Francia vá penetrando el espíritu de societarismo libre, tan habitual en España. Bajo este punto de vista y aunque el folleto trata de materia harto conocida aquí, es un buen trabajo de propaganda.

Los traductores, respectivamente Prat y Lorenzo, y los editores, merecen un aplauso por su acierto.

*Lettre ouverte d'un tolstoïen à un antitolstoïen* por Ivan Tregouboff, folleto editado por *L'Ere Nouvelle*, no obstante declararse independiente del tolstoísmo y de los demás ismos.

Este folleto es contestación á varios artículos de Almicare Cipriani, sin duda ninguna apasionados é injustos. Cualquiera que sea nuestra simpatía por el veterano revolucionario y nuestra propia tendencia dentro del anarquismo, no podemos aplaudirle en su campaña. Podrá decirse lo que se quiera de la religiosidad de Tolstoy, pero de su labor anarquista, aun habida cuenta de sus teorías de no resistencia, que si fueran practicables se convertirían en la más formidable de las resistencias, no cabe dudar. Sus críticas profundas, claras, precisas, contundentes, del Estado, del militarismo, etc., bien valen por muchas propagandas de los revolucionarios.

Ivan Tregouboff se mantiene en su folleto dentro de la corrección más plausible.

*La Sociología en la Escuela*, conferencia de Clemencia Jacquinnet leída en el Centro Fraternal de Cultura, de Barcelona; prólogo de José Prat.

Muy conformes con el punto de vista adoptado por esta escritora que ha logrado ser bien conocida en España durante muy poco tiempo. Hay que dejar á los niños que se formen á sí mismos. Cualquier intento de imposición de opiniones, sean las que fueren, es un atentado á su personalidad. No hay que hacer republicanos, libre pensadores, socialistas, anarquistas: hay que hacer hombres simplemente. Dar á conocer todas las verdades comprobadas sin mezcla alguna de ideas ya hechas pero siempre en litigio, es la verdadera obra educadora. Otra cosa sería labor disciplinaria, de imposición, dogmática.

El prólogo de Prat es tan breve como profundo y sincero: uno de los mejores trabajos que han salido



de la pluma de nuestro amigo. Pese á su resistencia hacia los trabajos de estudio y á su temperamento de polemista batallador con ribetes de mordacidad y todo, nos gusta más en sus obras meditadas, que van derechas á la razón y dejan en total olvido los apasionamientos de la lucha.

*El Botón de Fuego*, volumen II de la Biblioteca Orientación Sociológica.

El veterano autor de este libro, López Montenegro, ha trabajado como un héroe en acumular muchos y muy diversos conocimientos en las trescientas y pico de páginas de que se compone aquél.

Por ello mismo no creemos que su obra sea de utilidad á los trabajadores. Hay demasiadas cosas, demasiado repetidas, y naturalmente con muy escasas explicaciones, para que de tal lectura se obtenga beneficio alguno. A los versados en las ciencias naturales nada les puede enseñar la repetición constante y á secas de principios, hipótesis y hechos que conocen. A los incultos y sin ninguna preparación, les llenará la cabeza de palabras y nada más.

Esto aparte, López Montenegro afirma como verdades científicas muchas cosas que lo serán para él, pero que no están comprobadas como tales.

Su poema «La Naturaleza» nos ha hecho recordar la Biblia en verso de Carulla. Créanos el viejo y antiguo compañero; la métrica no permite ciertas aplicaciones sin desdoro del arte y del artista.

*Las Tenazas*, comedia en tres actos, de Pablo Hervieu.—Ediciones económicas *Avenir*.

Escenas puramente francesas que revelan muy bien las costumbres de aquella burguesía. Por ello mismo, choca un poco con las ideas aquí corrientes sobre el asunto.

El problema planteado es la vieja cuestión de los esposos que no se aman. Muy bien hecha la crítica del matrimonio; tal vez demasiado platónico el amor ilegal, aunque los amantes llegan á gozarse en un momento de suprema desesperación. *Atenazados* quedan por la ley, por los prejuicios sociales, por sus falsas ideas del honor, marido y mujer. Y el amante muerto tísico y el hijo adulterino, tísico también y la desdicha irremediable para los cónyuges que viven y continuarán viviendo en una verdadera sociedad mercantil, de puro interés, no hacen sino poner de manifiesto muy elocuentemente la necesidad de la total

libertad en el amor, con unión ó sin ella, que la preocupación legislativa del presente no nos arrastra de ningún modo á prejuicios sobre lo futuro.

*Las tenazas* es una hermosa comedia de costumbres detestables.

Dos folletos de José Prat, *De la política y sus perjuicios* y *Necesidad de la Asociación*. Son buenos para la propaganda por su claridad y por su método.

En el segundo hallamos una afirmación que se nos antoja aventurada: la de que no son la maldad, ni el egoísmo ni los intereses lo que divide á los hombres, sino la ignorancia. Es claro que la ignorancia, que el desconocimiento, más bien, del principio de la solidaridad ó de apoyo mutuo es la que permite que otros factores dividan á los hombres. ¿Pero no son los intereses, sobre todo, los que nos ponen á los unos en frente de los otros é impiden, no ya la comprensión, sino la práctica misma de la solidaridad? Por ignorantes que sean, no es la ignorancia obstáculo para que ciertos pueblos vivan muy solidariamente y muy en paz.

Esto aparte, no hay duda que ambos folletos llevan al convencimiento la necesidad de la asociación y lo pernicioso de la política.

NOTA.—Lo mismo á Angel Saver, traductor de *Las tenazas*, que á José Prat, hacemos una amigable advertencia: ¿porqué no se corrigen de los pocos *catalanismos* que les quedan?

#### Recibido:

De la biblioteca de «La Escuela Moderna», de Barcelona: *La substancia universal*, por Albert Bloch y Paraf Javal, traducción de A. Lorenzo.—De la biblioteca «Avenir», de Barcelona: *La epidemia*, comedia en un acto, por Octavio Mirbeau, traducción de José Chassignet.—Del editor Sempere, de Valencia: *Visiones de España*, por Manuel Ugarte.—*Ideales pedagógicos*, por José Mantúa Inbert.

*El Obrero Tipográfico*, de Cadiz; *La Aurora Social*, de Rosario (Rep. Argentina); *La Voz del Obrero del Mar*, (de Cadiz); *Germinal*, de La Habana; *La Buena Administración*, de Vitoria; *El Obrero*, de Montevideo; *A Revista*, ciencias y letras, de Oporto.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA